

Honra y gloria de todos los Cortesanos de la Corte del Cielo.

Los parientes del Sol, de San Ignacio de Loyola y de San Francisco de Borja: de la nobleza de los santos y la santidad jesuita como capital simbólico de la nobleza (siglos XVI-XVIII)*

ANTONIO TERRASA LOZANO

CIDEHUS (Universidade de Évora)

Resumen: En este artículo se analiza tanto la condición nobiliaria de los santos de la Monarquía Católica canonizados en el siglo XVII como la manera en que tal santidad fue capitalizada por familias, Casas nobiliarias y linajes, sobre todo en los relatos hagiográficos. En este contexto narrativo inseriremos algunas de las hagiografías dedicadas a dos de los tres primeros santos jesuitas, San Ignacio de Loyola y San Francisco de Borja. Finalmente, veremos cómo se articuló en la práctica la alianza Loyola-Borja con la creación del marquesado de Santiago de Oropesa concedido por Felipe III en 1614 a doña Ana María de Loyola Coya, descendiente de los soberanos incas, y cómo se articularon los elementos simbólicos derivados del doble origen inca y jesuita de esta Casa nobiliaria.

Palabras clave: Santidad nobiliaria, Linajes Loyola y Borja, Santos Jesuitas, Hagiografías, Genealogías, Marquesado de Santiago de Oropesa.

Honra e glória de todos os cortesãos da Corte do Céu. Os parentes do Sol, de Santo Inácio de Loyola e S. Francisco de Borja: nobreza dos santos jesuítas e santidade como capital simbólico da nobreza (séculos XVI-XVIII)

Resumo: Neste artigo são analisadas a condição nobiliárquica dos santos da monarquia católica canonizados no século XVII e a forma como essa santidade foi capitalizada por famílias, casas nobiliárquica e linhagens, especialmente em relatos hagiográficos. Neste contexto narrativo inseriremos algumas das hagiografías dedicados a dois dos três primeiros santos jesuítas, Santo Inácio de Loyola e São Francisco de Borja. Finalmente, veremos como se articulou na prática a aliança Loyola-Borja com a criação do Marquesado de Santiago de Oropesa concedido por Filipe III em 1614 a D. Ana Maria de Loyola Coya, descendente dos soberanos incas, e como se articularam os elementos simbólicos derivados da dupla origem inca e jesuíta desta casa nobre.

Palavras-chave: Santidade nobre, Linhagem Loyola y Borja, Santos Jesuítas, Hagiografías, Genealogías, Marquesado de Santiago de Oropesa.

The honour and glory of all courtiers in the Corte do Céu. The lineages of the Sun, of Saint Ignatius of Loyola and Saint Francisco de Borja: Jesuit saintly nobility and sanctity as the symbolic capital of the nobility (16th-18th centuries)

Abstract: This article analyses the noble condition of the canonized saints of the Catholic Monarchy in the 17th century and how this holiness was capitalised by families, noble houses and lineages, in particular within the hagiographic accounts. In this narrative context, we include some of the hagiographies dedicated to two of the three first Jesuit saints, Saint Ignatius of Loyola and Saint Francisco de Borja. Finally, we consider how the Loyola-Borja alliance was in practice combined with the founding of the marquis status of Santiago de Oropesa, granted by Felipe III in 1614 to Ana Maria de Loyola Coya, a descendant of the Inca rulers, and just how the symbolic features stemming from the double Inca and Jesuit origin of this noble house were articulated.

Keywords: Noble Holiness, Loyola and Borja Lineages, Jesuit Saints, Hagiographies, Genealogies, Marquises of Santiago de Oropesa.

* Artículo elaborado en el ámbito de UID/HIS/00057/2013 (POCI-01-0145-FEDER-007702) – FCT, COMPETE, FEDER, Portugal2020, siendo también miembro del grupo de investigación “Asimilaciones e intergraciones de las nuevas noblezas en la Monarquía Hispánica: poder y representación (1621-1725)” (HAR2012-39016-C04-01).

*Quicumque honorificauerit me, glorificabo eum;
qui autem contemnunt me, erunt ignobiles.*

(I-Samuel, 2, 30)

Introducción¹

El 9 de julio de 1746 murió, extraviado en las tinieblas de su locura, a los 62 años, víctima de una apoplejía, el rey de España, Felipe V (1700-1746). Su hijo, el príncipe de Asturias, fue proclamado rey con el nombre de Fernando VI (1746-1759). Durante los meses siguientes se celebrarían fiestas por el comienzo del nuevo reinado en las principales ciudades de la todavía inmensa Monarquía española. Con una notable excepción: Lima. Allí las celebraciones se retrasaron más de dos años porque en el mes de octubre de 1746 la urbe andina iba a ser destruida por un devastador terremoto y su puerto, el Callao, arrasado por el subsiguiente tsunami. Por esta razón no fue hasta septiembre de 1748, estando la ciudad en pleno proceso de reconstrucción, cuando pudieron celebrarse por fin las fiestas por la subida al trono de Fernando VI presididas por el virrey don José Antonio Manso de Velasco, I conde de Superunda. Las fiestas fueron espléndidas, con todo su aparato de fuegos artificiales y luminarias, una representación de *Ni el amor se libra de amor*, de Calderón de la Barca (pues era fundamental la presencia del amor en una celebración en la que el reino conmemoraba el comienzo del reinado de su nuevo y políticamente amado monarca) y procesiones de naturales del reino vestidos como nobles incas. En el contexto de estas fiestas los historiadores consideran casi seguro que se representaría una obra titulada *La conquista del Perú*, precedida de la loa en la que me interesa detenerme ahora². Su autor, que la había compuesto por encargo del gremio de los naturales de la ciudad de Lima, era el dramaturgo, poeta y padre mercedario fray Francisco del Castillo, también conocido como El Ciego de la Merced a causa de su desaforada miopía.

Los personajes de la loa, que precedía a la obra propiamente dicha, eran Fama, Europa, Regocijo, Nación Peruana, Amor, Música, Dicha y Obligación (cuyas iniciales, como es fácil de apreciar, constituían el acrónimo del monarca, Fernando). El desarrollo dramático de la loa discurría por las sendas de la concordia y armonía entre los distintos personajes alegóricos hasta que aparecía la Nación Peruana, vestida de india. Al verla, Regocijo, Fama y Europa, desconfiando, quieren saber quién es y por

1 En este artículo usaremos las siguientes abreviaturas: BNE= Biblioteca Nacional de España; BNP= Biblioteca Nacional de Portugal; AHN= Archivo Histórico Nacional; AHN- Nob= Archivo Histórico Nacional, sección nobleza.

2 Sobre esta loa véase Carlos García-Bedoya – Pasados imaginados: la conquista del Perú en dos obras dramáticas coloniales. En Ignacio Arellano y José Antonio Rodríguez Garrido (eds.) – *El teatro en la Hispanoamérica colonial*. Madrid: Iberoamericana y Vervuert, 2008, p. 353-367.

qué ha acudido a una fiesta para celebrar el comienzo del que se espera venturoso reinado de Fernando VI. La Nación Peruana se presenta y manifiesta su amor por el rey Católico. Pero Europa no se da por satisfecha porque, se pregunta maliciosamente, cómo puede la Nación Peruana amar a un rey desconocido por ausente. “A través de su alter ego, el virrey”, responde, con toda ortodoxia jurídica, la Nación Peruana. Europa, sin embargo, no se va a dejar convencer tan fácilmente e insiste preguntando a la Nación Peruana con qué legitimidad es con la que pretende unirse a ella para celebrar conjuntamente las fiestas en honor del rey de España. La respuesta merece ser citada casi por entero:

Oye, si quieres saberlo.
 Un Don Martín de Loyola,
 dignísimo caballero
 del Orden de Calatrava,
 que era muy cercano deudo
 del glorioso San Ignacio
 de Loyola, a cuyo celo
 de Jesús la Compañía
 vio la tierra con ser cielo;
 este, pues, preclaro héroe
 fue quien unió los dos reinos
 recibiendo en matrimonio
 a una india de nuestro Imperio.
 Doña Beatriz Clara Coya,
 hija del príncipe excelso
 Don Diego Sairi Túpac,
 madre de esta dama siendo,
 Doña Beatriz Cusi Huacay
 [...]
 cuya elevada nobleza
 fue, porque estos descendieron
 del invicto Manco Cápac,
 Inca del Perú primero³.

Este relato histórico era después recapitulado en una metáfora: tras las uniones genealógicas narradas tanto la Nación Peruana como la Española quedaron tan indisolublemente unidas como los licores mezclados en una copa. Ante estos argumentos los demás personajes de la loa quedan convencidos y la Nación Peruana es admitida en el coro de admiradores y amantes de Fernando VI. Puede ya comenzar

3 Seguimos el texto de la loa reproducido en Raquel Chang-Rodríguez – La princesa incaica Beatriz Clara y el dramaturgo ilustrado Francisco del Castillo. http://cvc.cervantes.es/literatura/mujer_independencias/chang.htm 03/12/2015.

la representación de la obra propiamente dicha, donde se contará la conquista del Perú en la que la familia inca de la mencionada Beatriz Clara Coya va a desempeñar un papel más que relevante.

La loa del Ciego de la Merced nos sitúa ante un asunto que se había fraguado durante casi doscientos años; hacia mediados del siglo XVIII, había adquirido una gran complejidad simbólica, reflejo de la multitud de intereses legitimadores que en torno al mismo se habían suscitado. Me refiero al matrimonio de la hija de uno de los incas rebeldes de Vilcabamba, la Beatriz Clara Coya mencionada en la loa, con el capitán Martín García de Loyola, miembro de la nobleza española y pariente del futuro San Ignacio de Loyola, en 1572 y los enlaces y discursos genealógicos que siguieron a este enlace en los siguientes 170 años. Discursos y legitimaciones que beneficiaron y contribuyeron a construir tanto los Grandes de España que emparentaron con los descendientes de esta princesa inca como la Compañía de Jesús y la propia Monarquía⁴.

De entre la confluencia de intereses y capitales simbólicos generados por tal unión, en este artículo vamos a centrarnos en la vinculación familiar, política y simbólica de las familias de Loyola y Borja, cimentada sobre varias alianzas matrimoniales en las que se confunden política de linaje y producción de capital simbólico jesuita. Este caso de estudio se enmarcará dentro de las estrechas relaciones simbólicas existentes entre linaje, nobleza y santidad. En primer lugar analizaremos tanto la condición nobiliaria real o fraguada de los santos españoles canonizados en el siglo XVII, como la manera en que tal santidad fue capitalizada por familias, Casas nobiliarias y linajes, sobre todo en las narrativas hagiográficas. En este estudio de los tópicos nobiliarios presentes en la vida de los santos prestaremos atención a la de los tres primeros jesuitas canonizados, en especial de los dos que emparentaron dinásticamente, San Ignacio de Loyola y San Francisco de Borja. En segundo lugar veremos cómo se articuló en la práctica dicha alianza Loyola-Borja con la creación del marquesado de Santiago de Oropesa concedido por Felipe III en 1614 a doña Ana María de Loyola Coya, hija del matrimonio que hemos visto celebrar en la loa del Ciego de la Merced. Y, finalmente, nos referiremos a cómo este marquesado fue el que a finales del siglo XVII hizo una suerte de *traslatio* parcial tanto a la Casa de Austria como a la Compañía de Jesús de la casa solar de Loyola que por entonces reunía la doble condición de mito fundacional del linaje y de elemento narrativo esencial en la vida de San Ignacio. Pese a la importancia política que tuvo la descendencia imperial inca a comienzos del siglo XVII, cuando las princesas emparen-

4 De la relación entre estos enlaces y su encaje en los discursos de la Monarquía en relación a su dominio con América me he ocupado en Antonio Terrasa Lozano – De hijos del Sol a nobleza católica: la conquista genealógica de la realeza inca (siglos XVI-XVII). En Giovanni Muto y Antonio Terrasa Lozano – *Estrategias culturales y circulación de la nueva nobleza en Europa (1570-1707)*. Madrid: DoceCalles, 2015, p. 299-319.

taron con la Grandeza, veremos cómo progresivamente adquirió mayor relevancia simbólica para el linaje, en España, la vinculación con la santidad jesuita.

De la santidad nobiliaria

En 1691 el padre jesuita Tomás Muniesa publicaba en Zaragoza una biografía hagiográfica de doña Luisa de Borja, duquesa de Villahermosa, hermana de San Francisco de Borja. La obra estaba dirigida a su descendiente, doña María Enríquez de Guzmán, que era duquesa de Villahermosa aquel año de 1691⁵. El capítulo segundo estaba dedicado a los padres y “real nobleza” de doña Luisa. Como en cualquier vida de un noble, tanto el linaje como los antepasados desempeñaban un papel fundamental. Y en el caso de los Borja, esta nobleza no podía ser ajena a la santidad. En su obra el padre Muniesa se hace eco de un tópico que veremos que abundará en las hagiografías barrocas al afirmar que, aunque la nobleza no hace santos, los resalta. Usando una metáfora, la diferencia que va de que un santo sea o no sea noble es la que va “en engastarse una preciosa margarita, ò en bronce, ò en plata, ò en oro”⁶. La nobleza, al igual que los demás bienes temporales, se han de apreciar y agradecer, como tales, a Dios. Y esto ni los santos ni sus historiadores lo deben despreciar “si bien inferior a la Virtud”⁷. En el ámbito de la santidad, concluía el padre Muniesa, la nobleza aprovechaba. “Todo lo hazen suyo los santos: porque de todo se aprovecha para serlo [...] que los que saben amar a Dios como lo hizo este venerable Duque [Francisco de Borja] con todo sirven a Dios: y en la misma Nobleza que los hizo Grandes en el mundo hazen pie para sublimarse a la mayor altura de los cielos”⁸.

Estas ideas y vínculos en torno a la nobleza y la santidad expresadas por el padre Muniesa no eran en absoluto originales, antes al contrario, a la altura de la última década del siglo XVII eran ya casi un tópico tanto de la tratadística nobiliaria como de las hagiografías⁹. Las relaciones, las estrechas relaciones, entre nobleza y santidad durante la modernidad es tema que ha sido poco explorado; pero vale la pena que intentemos aquí esbozar las líneas generales del modo en que estos conceptos estaban ya hermanados, en el ámbito de la Monarquía Católica, a comienzos del siglo XVII.

5 Tomás Muniesa – *Vida de la Exma. Sra. Doña Luisa de Borja y Aragón, condesa de Ribagorza, Duquesa de Villahermosa* & c. Zaragoza: Pascual Ramos Impresor del Reino, 1691.

6 Tomás Muniesa – *Vida de la Exma. Sra. Doña Luisa de Borja y Aragón...*, p. 6.

7 Tomás Muniesa – *Vida de la Exma. Sra. Doña Luisa de Borja y Aragón...*

8 Tomás Muniesa – *Vida de la Exma. Sra. Doña Luisa de Borja y Aragón...*

9 Para una relación entre santidad y linaje nobliario véase André Vauchez – “‘Beata stirps’: sainteté et lignage en Occident aux XIII^e et XIV^e siècles”. En *Famille et parenté dans l’Occident médiéval. Actes du Colloque de Paris, 1974*. Roma: École Française de Rome, 1977, p. 397-407.

En su celeberrimo *Discurso de la nobleza de España* (1622), Bernabé Moreno de Vargas sostenía que existen 4 tipos de nobleza: la sobrenatural y teológica, la natural primera, la natural segunda o moral y la política o civil¹⁰. Este tipo de división cuatripartita, con pequeñas variaciones, era un paradigma vigente desde Bartolo de Sassoferrato, al que se cita constantemente en esta materia¹¹. Al tratar de la relación entre la santidad y la nobleza, sin duda parecería que la relevante fuera la primera de las citadas por Moreno de Vargas, la sobrenatural o teológica, es decir, aquella “que tiene el hombre que esta en gracia de Dios, y es la perfectissima, la qual consiguen los hombres, teniendo Fé, y Caridad, y guardando los Preceptos Divinos y Eclesiásticos, con lo qual vienen a ser honrados de Dios”¹². Sin embargo la nobleza de los santos canonizados en el siglo XVII es aquella considerada por los tratadistas como política, aquella a la que pertenecían por sus linajes y por incluso ser en ocasiones, como en el caso de Francisco de Borja, IV duque de Gandía, cabezas tituladas. En el siglo XIV, partiendo de la noción imperial romana consonante con los paradigmas de poder monárquico emergentes en la época, el siempre seguido Bartolo de Sassoferrato¹³ ya había teorizado y defendido la capacidad del emperador –extendida pronto a todos los príncipes– de crear nobleza, de ser fuente de toda nobleza¹⁴. Y ésta era en la práctica la nobleza que contaba, de cuyas filas se aspiraba a formar parte y la que se adornaba con todas las parafernalias simbólicas posibles para cimentar y justificar su grandeza, que sólo tenía validez jurídica una vez sancionada por el príncipe.

La Edad Moderna –y en particular el siglo XVII– ha sido caracterizada, entre otras grandes adjetivaciones, como una época eminentemente nobiliaria, de hecho la que comprendió los siglos centrales y epigonales de una larga era aristocrática que algunos autores han señalado que se extiende, en un proceso evolutivo y con características cambiantes, desde el siglo XI al siglo XIX¹⁵. Fue entonces cuando los valores nobiliarios se asimilaron en buena medida a los de la sociedad y casi todas las otras narrativas fueron integradas, por no decir fagocitadas, por las nobiliarias. Tal fue el caso de la santidad y los discursos a ella asociados.

10 Bernabé Moreno de Vargas – *Discurso de la nobleza de España*. Madrid: Viuda de Alonso Martín, 1622, p. 3.

11 Así por ejemplo, en la *Plaza universal de todas las ciencias y artes* (1615) de Cristóbal Suárez de Figueroa, obra que podríamos considerar, con todas las cautelas necesarias, divulgativa y enciclopédica, en el apartado dedicado a la nobleza, se hace una división tripartita de la misma: teológica, natural y política, siguiendo, al igual que Moreno de Vargas, a Bartolo de Sassoferrato. Cristóbal Suárez de Figueroa – *Plaza universal de todas las ciencias y artes*. Madrid: Luis Sánchez, 1615, p. 75v.

12 Bernabé Moreno de Vargas – *Discurso de la nobleza de España...*, p. 3.

13 Para una reflexión sobre la ubicuidad de Bartolo en la cultura jurídica tardomedieval y moderna y las ideas y nociones que se le atribuyen véase el interesante Bartolomé Clavero – Blasón de Bártolo y baldón de Valla (a propósito de una gramática de signos). *Quaderni fiorentini per la storia del pensiero giuridico moderno*. 25 (1996) 573-616.

14 Para estas ideas en Bartolo véase Jesús D. Rodríguez Velasco – *El Tractatus de insigniis et armis* de Bartolo y su influencia en Europa (con la edición de una traducción castellana cuatrocentista). *Emblemata*. 2 (1996) 35-70, p. 36-37.

15 Véase Juan Hernández Franco, José Antonio Guillén Berrendero y Santiago Martínez Hernández (dirs.) – Introducción. En Juan Hernández Franco, José Antonio Guillén Berrendero y Santiago Martínez Hernández, *Nobilitas. Estudios sobre la nobleza y lo nobiliario en la Europa moderna*. Madrid: Doce Calles, 2014, p. 9-20.

Este proceso de colonización aristocrática de la santidad pasó por la conversión, en los discursos genealógicos de las Casas nobiliarias, de la heroicidad de los santos antepasados en capital simbólico de los linajes. A la hegemonía de los valores nobiliarios inexorablemente la acompañó la importancia creciente de los linajes y las Casas señoriales¹⁶ como articuladores de los discursos sobre la virtud heredada por la sangre. En los siglos XVI y XVII los linajes, y las Casas a ellos vinculadas, se habían convertido en un elemento básico de encuadramiento de los miembros de la nobleza¹⁷. Y, a consecuencia de este hecho, en un ambiente que se ha calificado de estado mental dinástico¹⁸, proliferaron tanto el arte de los árboles genealógicos¹⁹ como las genealogías. Si por una parte la hegemonía del relato genealógico hace que la sucesión de las generaciones devenga la forma de organizar en el tiempo la historia familiar²⁰, por la otra se convierten en artefactos narrativos capaces de fagocitar y convertir las hazañas y servicios prestados al rey por antepasados susceptibles de ser encuadrados en el relato de la historia del linaje en capital simbólico. La narración genealógica se convierte en uno de los pilares fundamentales sobre los que se sustenta la Casa y el linaje nobiliarios entendidos como comunidades genealógicas²¹ o comunidades imaginadas²². Pertenecer a una Casa y a un linaje determinados era pertenecer y contar con el capital simbólico de la comunidad imaginada de ese linaje o Casa, con su historia, sus atributos, sus mitos y sus derechos.

Entre esos atributos ocupaba un lugar destacado la santidad de algunos de sus miembros. Así, por ejemplo, don Luis de Salazar y Castro, en su *Historia Genealógica de la Casa de Silva*, en su segundo capítulo dedicado a las “Excelencias y Grandezas de la Casas de Silva”, señala entre los primeros héroes de la familia a los beatos del siglo XV Amadeo y Beatriz de Silva. Como dice Salazar y Castro, este tipo de excelencia

16 Para una reciente aproximación en torno a las distinciones entre linaje y casa nobiliaria, junto con un estado de la cuestión de la materia, véase Juan Hernández Franco y Raimundo Rodríguez Pérez – Formación y desarrollo de las casas nobiliarias castellanas (siglos XVI-XVII). En Juan Hernández Franco, José Antonio Guillén Berrendero y Santiago Martínez Hernández – *Nobilitas...*, p. 139-175.

17 Michel Nassiet – *Parenté, Noblesse et États Dynastiques. XVè-XVIè siècles*. París: Éditions de l'EHESS, 2000, p. 29; Adolfo Carrasco Martínez – La construcción problemática del yo nobiliario en el siglo XVII. Una aproximación. En Bernardo J. García García y María Luisa Lobato (coords.) – *Dramaturgia festiva y cultura nobiliaria en el Siglo de Oro*. Madrid y Frankfurt: 2007, p. 21-44.

18 Georges Duby – Lineage, Nobility, and Chivalry in the Region of Mâcon during the Twelfth Century. En Robert Forster y Orest Ranum (eds.) – *Family and Society. Selections from the Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*. Baltimore y Londres: The Johns Hopkins University Press, 1976, p. 16-40.

19 Christiane Klapish-Zuber – *L'ombre des ancêtres. Essai sur l'imaginaire médiéval de la parenté*. París: Fayard, 2000; y Christiane Klapish-Zuber – *L'arbre des familles*. París: La Martinière, 2003.

20 Davide Bigalli – La famiglia costruita: la ricerca della legittimazione nella casa d'Aviz. En Cesare Mozzarelli (ed.) – “*Familia*” del principe e famiglia aristocratica. Vol. I. Roma: Bulzoni, 1988, p. 213-223, p. 215-216.

21 Enrique Soria Mesa – *La nobleza en la España moderna. Cambio y continuidad*. Madrid: Marcial Pons, 2007, p. 116.

22 He definido así a las Casas nobiliarias a partir del clásico concepto acuñado para las naciones por Bendecit Anderson – *Imagined communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres y Nueva York: Verso, 1983. Véase Antonio Terrasa Lozano – *La Casa de Silva y los duques de Pastrana. Linaje, contingencia y pleito en el siglo XVII*. Madrid: Centro de Estudios Europa Hispánica y Marcial Pons, 2012, p. 45-66.

es la más difícil de encontrar en los linajes poderosos²³ y, por tanto, implícitamente, aún más valiosa resulta. Sin embargo, y pese al carácter extraordinario que Salazar y Castro atribuye a la santidad en el ámbito de la alta nobleza, todos los grandes linajes nobiliarios exhibirán en sus relatos genealógicos la santidad de sus antepasados, convirtiéndose en un tópico a la hora de abordar el relato tanto de la historia de su linaje como, en ocasiones, de la biografía de sus miembros²⁴. Como veremos, la noción de que la santidad de los nobles es más meritoria que la de los pobres, que poco pierden al entregarse a una vida de renuncia, será uno de los grandes tópicos en las hagiografías del siglo XVII.

Por lo que se refiere a las oleadas de canonizaciones de santos españoles del siglo XVII, en las que se incluyen las de los santos jesuitas (en la de 1622 San Ignacio y San Francisco Xavier y en la de 1671 San Francisco de Borja), cabe preguntarse por la dificultad de ser sus santidades asimiladas por las familias de la Grandeza de España. A partir de la segunda mitad del siglo XVI, durante el reinado de Felipe II, la Monarquía emprendió una activa política para promover la canonización de santos españoles²⁵. Las canonizaciones de San Hermenegildo en 1585 y San Diego de

23 "Sea la primera [excelencia], y aun la mas difícil de hallar en los linages poderosos, aver procreado dos hermanos de tan eminente Santidad, que justamente son conocidos con el prenombre de Beatos, y ambos fueron Fundadores de dos Religiones, que han dado innumerable vtilidad à la Republica Christiana: Iuan de Silva de Meneses (el vno) a quien comunmente llaman el Beato Amadeo, es Fundador de la primera reforma de la Orden de San Francisco en Italia, donde florecieron en su vida muchos Monasterios: y Doña Beatriz de Silva (el otro) es Fundadora de la Orden de la Inmaculada Concepcion, que oy permanece con obediencia à la de San Francisco; y à persuasion suya formaron los Serenissimos Reyes de Castilla Don Fernando, y Doña Isabel el Santo Tribunal de la Inquisición". A continuación, en implícito orden decreciente de excelencia, citaba como hijos de este linaje al primer inquisidor general de Portugal y a arzobispos de Braga, Granada y Zaragoza, así como "largo numero" de obispos, confesores, capellanes mayores de reyes y otras dignidades eclesiásticas que incluían a dos cardenales. Y sólo tras estas excelencias religiosas pasa Salazar y Castro a enumerar a los fundadores de ramas del linaje y de servidores de todo tipo de reyes. Luis de Salazar y Castro – *Historia Genealógica de la Casa de Silva*. Vol. I. Madrid: Melchor Álvarez y Mateo de Llanos, 1685, p. 4-6.

24 De la extraordinaria pervivencia de esta vinculación entre narrativa de la historia familiar, incluyendo la santidad de sus antepasados, con el relato de la vida de sus miembros nos da una idea la biografía que de Giuseppe Tomasi di Lampedusa (1896-1957), célebre autor de la no menos famosa *El Gatopardo*, escribió en 1988 David Gilmour. Ésta se abre tras el prólogo con un primer capítulo titulado "El legado", donde se refiere la historia y vicisitudes de la familia de los príncipes de Lampedusa, con referencias sobre sus orígenes que algunos genealogistas hacen remontar hasta el emperador Tito. Y, tras esto, no tardan en surgir las referencias a los méritos de santidad de la familia. Citamos a partir de la edición española de 2004 que hemos manejado. "Los primeros Duques de Palma [primer título obtenido por los Lampedusa en 1638 antes de ser agraciados con el principado en 1667] fueron los gemelos Carlo y Giulio Tomasi. Carlo cedió su ducado poco después de fundar la ciudad y se convirtió en un eminente teólogo. Giulio [...] [c]onocido como el "Duque Santo", transformó su palacio de Palma en un convento benedictino y construyó uno nuevo no lejos de allí. También fundó numerosas iglesias, así como la catedral [...]. La más extraordinaria de las hijas del Duque Santo que ingresaron en el convento benedictino de Palma fue Isabella, a la que un siglo después de su muerte beatificó oficialmente Pío VI. [...]. Su hermano Giuseppe [cardenal Tomasi desde 1712], que renunció a sus títulos y propiedades para seguir su carrera de erudito litúrgico, participaba también de la austeridad y el ascetismo de Isabella. [...] [Tras su muerte en 1713] inmediatamente se inició un proceso de canonización, alentado en gran parte, según parece, por el Viejo Pretendiente jacobita al trono británico y por su madre, la anterior reina María. De todos modos, el proceso se fue retrasando y el cardenal Tomasi fue beatificado en 1803, pero no lo hicieron santo hasta 1986". David Gilmour – *El último Gatopardo. Vida de Giuseppe di Lampedusa*. Madrid: Editorial Siruela, [1988] 2004, p. 21-25.

25 Carmen Sanz Ayán – La canonización de Francisco de Borja. Una lectura política. En Carmen Iglesias Cano (ed.) – *V Centenario del nacimiento de San Francisco de Borja*. Madrid: RAH y Fundación de la Nobleza Española, 2011, p. 71-92, p. 10.

Alcalá en 1588 fueron el pórtico al siglo de las canonizaciones españolas que sería el XVII. Así, de los 16 santos naturales de reinos de la Monarquía Católica²⁶ canonizados entre 1585 y finales del siglo XVII²⁷, sólo 3 no eran de origen nobiliario: San Diego de Alcalá, San Isidro Labrador y San Pascual Bailón.

Antes de esta oleada de canonizaciones nobiliarias el último gran santo español había sido nada más y nada menos que Santo Domingo de Guzmán, canonizado en 1234, cuyas hagiografías del siglo XVII nos muestran los principales elementos que estarán presentes, por lo que respecta al asunto de la santidad nobiliaria, en las dedicadas a los santos de aquel siglo en general y a San Ignacio y San Francisco en particular. En 1698 se publicó en Barcelona la tercera reimpresión de una hagiografía de Santo Domingo que llevaba por significativo título *El mejor Guzmán de los buenos*²⁸. Su primer capítulo, convencionalmente, se dedicará, en ésta y en la mayoría de las hagiografías del XVII, a tratar de los orígenes y ascendientes del santo que se venera en la obra. En este caso, se trata del “Tratado primero. Ponderanse los pvntos tocantes à los Padres, Nacimiento, y Baptismo de el mejor Guzman”. En él, de entrada, por si el título de la obra no lo hubiera dejado suficientemente claro, se hace una encendida apología de Santo Domingo de Guzmán. “Para Grande de la gloria escogió la Providencia à mi Domingo, y quiso naciesse grande en la tierra, el que avia de serlo en el Cielo”²⁹. Una grandeza que Santo Domingo compartía con Jesucristo, noble entre los nobles:

Dicha grande es nacer noble. Ni Christo (siendo exemplar de humildes) quiso carecer de esse credito. Nace pobre en Belen y le adoran los Reyes rendidos, hasta poner à sus pies las coronas de sus cabeças: que aunque hizo gala de lo pobre, naciendo de un portal, sin mas abrigo, que el aliento de unos brutos, no dissimulò lo magestuoso, dexandose adorar de Reyes³⁰.

Si bien Juan Gil de Godoy preconiza esta exhibición desacomplejada de Grandeza en los santos, no deja por ello de recurrir a otro tópico presente en estas obras: el de sostener que no hay nobleza que no sea perfecta ni completa si no la acompaña la virtud, como era también un tópico en la tratadística nobiliaria y en las obras genealógicas contemporáneas. Huelga decir que éste era el caso de la nobleza dominicana:

26 Excluyo a San Juan de Dios, canonizado en 1690, cuando Portugal llevaba ya décadas sin ser parte de la Monarquía Católica.

27 Los canonizados fueron San Hermenegildo en 1585; San Diego de Alcalá en 1588; Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier y San Isidro Labrador en 1622; San Ramón Nonato en 1657; Santo Tomás de Villanueva en 1658; San Pedro de Alcántara en 1669; San Francisco de Borja, San Fernando, San Luis Beltrán y Santa Rosa de Lima en 1671; San Pedro Armengol en 1687; San Pascual Bailón y San Juan de Sahagún en 1690; Santa María de Cervellón en 1692.

28 Juan Gil de Godoy – *El mejor Guzmán de los buenos, N.P.S. Domingo, patriarca de predicadores*. Barcelona: Imprenta Cormellas, 1698. Sabemos que una segunda reimpresión de esta obra se había publicado en Salamanca en 1692, en la Oficina de la viuda de Lucas Pérez, impresora de la Universidad.

29 Juan Gil de Godoy – *El mejor Guzmán de los buenos...*, p. 3.

30 Juan Gil de Godoy – *El mejor Guzmán de los buenos...*, p. 4.

No es, empero, lo mismo nacer noble, que saber serlo. Nace noble, el que nace hijo de Padres nobles: y lo sabe ser, el que a la nobleza heredada, añade virtudes adquiridas, que es la nobleza demas precio, porque estriva en propios meritos, como la heredada en los agenos: y por esso, aunque envanece, tiene poco de honra propria. Del nobilissimo Tronco de los Guzmanes Buenos fue rama ilustre mi Domingo: por Guzman nació bueno, y por Santo fue de los Buenos el mejor³¹.

Junto a la materia de la nobleza de los santos y su perfeccionamiento a través de la virtud, siempre, por supuesto, en clave apologética de la nobleza, hay que señalar el asunto más concreto de la genealogía de los santos como manera de situarlos en una Casa nobiliaria y en conexión con varios linajes. En el caso de Santo Domingo esto queda excelentemente ejemplificado en la *Historia de la vida de Santo Domingo de Guzman* (1705), de fray Serafín Thomás Miguel³². La obra, significativamente, se dedicaba y encomendaba a don Domingo Pérez de Guzmán el Bueno, Silva y Mendoza, “Herederó de la Nobilissima Casa de Medina Sidonia” y su futuro XIII duque. En tanto que herederó no sólo de la estirpe de los Guzmanes por vía paterna, sino también de la de los Silva y los Mendoza por la materna, se le encomendaba aquella obra como futuro pariente mayor de los Guzmanes y, por lo tanto, custodio de su memoria, puesto que Santo Domingo de Guzmán, “Príncipe de los Predicadores” era el “mayor blasón de su Casa”³³. En esta obra dedicada a los Guzmanes y probablemente patrocinada por ellos se concede generosamente espacio a la ascendencia genealógica de Santo Domingo de Guzmán, remontándose a los orígenes de su familia, a la que se consagra el primer capítulo de la primera parte de la obra (titulado “Patria, Casa y Padres del Santo”). Que este inicio no era una mera convención narrativa lo prueba el cuidado que se puso en la redacción de ese capítulo y la significativa asistencia con que contó fray Serafín Thomás a la hora de redactarlo. Como él mismo menciona en el prólogo de la obra, fue su asesor genealógico nada más y nada menos que el célebre marqués (consorte) de Mondéjar, don Gaspar Ibáñez de Segovia³⁴.

Esta fuerte vinculación de los santos con sus nobles linajes de origen, que los exhiben en sus historias familiares y que penetran en sus hagiografías, refuerza la idea de que la santidad de los nobles contribuía a construir y cimentar las comunidades

31 Juan Gil de Godoy – *El mejor Guzmán de los buenos...*

32 Serafín Thomás Miguel – *Historia de la vida de Santo Domingo de Guzman, fundador de la sagrada orden de predicadores, con notas, ilustraciones y dissertaciones*. Valencia: Imprenta de Francisco Mestre, 1705.

33 Serafín Thomás Miguel – *Historia de la vida de Santo Domingo...*, de la dedicatoria, s/p.

34 “Pero quien mas luz me ha dado sobre mis dudas, y reparos, para entenderme con lo mas verídico y ajustado, ha sido el Excelentissimo Señor Don Gaspar de Mendoza, Ybañez de Segovia, Marques de Mondejar, Vallehermoso, y de Agropoli, honor de España, y de las Letras. Quien, formando despues juicio de toda la Obra, no solo me favoreció con la Carta propuesta; pero en otra anterior, (con fecha de 24. de Setiembre del mismo año), advirtiendome de dos puntos Genealogicos, que entendia su Excelencia, necesitavan de mas justificación [...]”. Serafín Thomás Miguel – *Historia de la vida de Santo Domingo...*, del prólogo, s/p. Sobre el Mondéjar historiador, Eva Botella Ordinas – Los novatores y el origen de España. El vocabulario hispano de probabilidad y la renovación del método histórico en tiempos de Carlos II. *Obradoiro de Historia Moderna*. 14 (2005) 39-64.

imaginadas de sus Casas. Como señaló hace ya algún tiempo Pierre Delooz, en un trabajo pionero algo matizado en los últimos tiempos, los santos en las Edades Media y Moderna pertenecían a una comunidad local, lo que no siempre quería decir una comunidad geográfica³⁵; si bien este autor ponía el ejemplo de las corporaciones religiosas, creo que esa misma lógica de comunidad que promueve la canonización y posterior culto y memoria de un santo puede ser igualmente atribuida a las Casas nobiliarias.

Sin embargo, no siempre la santidad noble era capitalizada por linajes o Casas; eso ocurría cuando la nobleza de los santos en cuestión no era muy elevada o, incluso, podía resultar dudosa. Pero aun en esos casos los hagiógrafos no podían renunciar a referirla. Así por ejemplo, en su vida de Teresa de Jesús, publicada años antes de su canonización, Diego de Yepes nos informa que fue de “Padres nobles y virtuosos”, sin más pormenores genealógicos³⁶. En la misma línea, de San Juan de Sahagún Agustín Antolínez señalará en su hagiografía, también anterior a su canonización y tampoco sin entrar en grandes disquisiciones genealógicas, que era hijo de un noble varón llamado Juan González del Castillo y de su no menos noble esposa, Sancha Martínez³⁷. Y en los casos en los que no podía ni tan siquiera aducirse nobleza, otra forma de distinción era la que se hacía constar en la vida de los santos: la condición de cristiano viejo. Así, en el caso de Santo Tomás de Villanueva, de cuyos padres y abuelos su hagiógrafo Miguel Salón, no pudiendo decir mucho más que eran “gente principal y honrada”, no dejó de consignar que eran “Christianos viejos y limpios de todas cuentas”, aportando, a falta de generaciones de nobleza, pruebas inequívocas de tal cristiandad vieja³⁸. Las mismas distinciones se hubieron de dar a San Pascual

35 Pierre Delooz – Towards a sociological study of canonized sainthood in the Catholic Church. En Stephen Wilson (ed.) – *Saints and their cults: studies in religious sociology, folklore and history*. Cambridge, Londres, Nueva York, Nueva Rochelle, Melbourne y Sidney: Cambridge University Press, 1983, p. 189-216, p. 194.

36 En el capítulo II, titulado “Del nacimiento, criança, y buen natural de la Bienaventurada virgen Teresa de Iesus” se nos informa de que nació en Ávila “de Padres nobles, y virtuosos. Y aunque importa poco saber el origen de los Padres, que los siervos de Dios tuvieron en la tierra: pero por no faltar en esto a la verdad, y partes de la historia, avre de contar los desta Santa. Fue pues nascida en Avila, y por entrambas partes de noble linaje”. Diego de Yepes – *Vida, virtudes y milagros de la bienaventurada virgen Teresa de Jesús, madre y fundadora de la nueva Reformation de la Orden de las Descalças, y Descalças de nuestra Señora del Carmen*. Lisboa: Oficina de Pedro Crasbeeck, 1616, p. 10.

37 “En la villa de Sahagun, tierra de Campos, diocesis de Leon, hubo un varon muy noble llamado Ioan Gonçalez de Castrillo, decediente de los antiguos Españoles que quedaron de la destruccion de España, quando los Moros la ganaron, y se apoderaron della; [...] y entre otras muchas dichas que tuvo fue alcançar por muger vna donzella de muchas prendas llamada Sancha Martínez, hija de padres muy nobles [...]”. Agustín Antolínez – *Vida de S. Iona de Sahagun, de la Orden de San Agustín*. Salamanca: Artus Taberniel, 1605, p. 1-2.

38 “[...] muchos de sus deudos, assi por parte de su padre, como por parte de su madre han sido freyles de las Religiones militares de Santiago, Calatrava, y San Iuan, y algunos dellos Prioros de Cruz grande. Y los Inquisidores de tiempo inmemorial, siempre que han ido a visitar a Villanueva, han posado, y posan en las casas de los padres, ó hermanos, ò sobrinos del dicho Padre D. fray Tomas, como Familiares muy antiguos del S. Oficio, y a quien han servido, y sirven los Comisarios en algunas ocasiones”. Bernardo Nogués – *La vida y milagros del Ilustre y Reverendo señor el Beato P. D. Fr. Tomas de Villanueva, Arçobispo de Valencia, del Orden de San Agustín*. En Valencia: Bernardo Nogués, 1651, p. 2.

Bailón³⁹, de sangre menos esclarecida todavía, en términos nobiliarios, que Santo Tomás de Villanueva.

Incluso en el caso de que el santo en cuestión careciera de nobleza política, usando la nomenclatura de la época, la mención nobiliaria no está ausente en sus hagiografías, de una manera que, incluso, podríamos considerar más interesante e ilustrativa que en los casos en los que ésta es evidente. Un ejemplo muy elocuente al respecto lo encontramos en la hagiografía de San Diego de Alcalá que le dedica a Felipe IV en 1663 fray Antonio Rojo⁴⁰. En ella el autor ha de enfrentar una cuestión que él mismo califica de controvertida y que “se mueve de ordinario”, la de la calidad y nobleza del santo. Cualquiera que quiera defender la nobleza de San Diego ha de enfrentarse a un obstáculo poderoso, el “dezir en la Bula de canonizazion el Sumo Pontifice Sixto Quinto de gloriosa memoria, que fue San Diego hijo de *padres virtuosos, y humildes*”⁴¹. Varios son los argumentos que utiliza fray Antonio Rojo para, más que afirmar, insinuar la nobleza de fray Diego de Alcalá. En primer lugar, el de la procedencia del santo, la “Provincia Bética”, tierra “fertil, *noble*”⁴², y dilatada”, famosa por haber engendrado héroes famosos que se han hecho acreedores de general aplauso por su nobleza de sangre confirmada en la guerra, por su dedicación a las letras o por su santidad⁴³. Al nacimiento de San Diego en tan noble región, fecunda en nobleza y virtudes, se añade el hecho, sancionado por la tradición, de que familias muy calificadas como los Vallecillos, “hijosdalgo notorios de Constantina”, y los Hierros de Alanis “hazen mucho alarde de reconocerse y ser tenidos por sus parientes”⁴⁴. Si Sixto V llamó, por lo tanto, humildes a los padres de San Diego, bien pudo ser o por desconocer estas tradiciones que Antonio Rojo no cuestiona, o bien porque tenían el renombre de humildes “sin que por esso la cortedad del caudal menoscabasse los quilates de su nobleza”⁴⁵. En último extremo, y en caso de que fuera cierta la carencia de nobleza política de origen de los padres de San Diego de Alcalá, fray Antonio Rojo apunta a la hipótesis de que, “como a otros Abraham aya compensado Dios a los padres de San Diego lo religioso de sus costumbres con la nobleza de sus descendientes”⁴⁶. Salvando así la nobleza de la parentela del santo pues, en el caso de que

39 “Tuvo por padres a Martin Bailon, y a Isabel lubera, no de tan noble calidad, como de limpia sangre, de santas costumbres y loable fama”. Antonio Panes – *Vida del Beato fray Pascual Baylon, religioso professo de la provincia de S. Iuan Bautista de los Descalços de la Regular Observancia de nuestro Serafico Padre San Francisco*. Valencia: Herederos de Crisostomo Ganiz, 1655, p. 2.

40 Antonio Rojo – *Historia de San Diego de Alcalá. Fundación, y frutos de santidad, que ha producido su convento de Santa María de Iesus, de la orden de N. P. S. Francisco de la observancia de la santa provincia de Castilla*. Madrid: Imprenta Real, 1663.

41 En cursiva en el original, presumiblemente por ser una cita de la bula de Sixto V. Antonio Rojo – *Historia de San Diego de Alcalá...*, p. 60.

42 La cursiva es nuestra.

43 Antonio Rojo – *Historia de San Diego de Alcalá...*, p. 59.

44 Antonio Rojo – *Historia de San Diego de Alcalá...*, p. 60.

45 Antonio Rojo – *Historia de San Diego de Alcalá...*, p. 61.

46 “Y quando san Diego fuesse hijo de humildes padres, como el Pontifice dize, la humildad no es achaque, que disfama la descendencia, que no dexò de ser Sanson gran Capitan por ser de humilde tribu, ni Rey Salomon, y sus sucessores, por ser hijos

no hubiera sido noble de nacimiento, con su santidad y heroicas virtudes se habría ennoblecido a sí mismo y a toda su descendencia, siguiendo en esto también un extendido tópico nobiliario.

San Ramón Nonato nos ofrece otro ejemplo de apropiación genealógica, en este caso por parte de una familia de la Grandeza, los Cardona. En 1676 Felipe Colombo dedicó una vida de San Ramón a doña Catalina de Aragón Folch y Cardona, VIII duquesa de Segorbe y X duquesa de Cardona⁴⁷. Ya en la dedicatoria de la obra Felipe Colombo anuncia el vínculo de San Ramón Nonato con los Cardona. Al dirigirse a la duquesa, que había invocado al santo en un reciente parto, le dice que en ningún momento debería haber temido desgracia alguna en aquel trance “con San Ramon en la Real Casa de Cardona”, al que además, llama tío no nacido del hijo de doña Catalina. En este caso, a diferencia del de San Diego de Alcalá, no se establecerá una vinculación difícil de demostrar sólo en base a la tradición, sino que Felipe Colombo esgrimirá un arsenal documental para fundamentar tal relación genealógica. El hagiógrafo ha de reconocer que la tradición no había preservado ni el nombre ni los apellidos de San Ramón y que algunos dudaron de la nobleza de sus padres al verle “despues pastorear unas ovejas”. Sin embargo, sostiene Colombo, uno no debe dejarse llevar por semejantes impresiones, pues como es sabido, ni la carencia de apellido ni la humildad de su empleo han de confirmar falta de nobleza. Porque, de hecho, por las informaciones hechas en Cataluña y por los antiguos instrumentos que Colombo conoce y cita, muchos procedentes de los archivos de la Casa de Cardona, consta sin lugar a dudas, “ser sus padres Ramas de la Real Familia de Folc y Cardona”⁴⁸.

En el caso de San Ignacio y San Francisco no habría posibilidad de apropiación por familias ajenas, su vinculación dinástica y genealógica no ofrecía dudas tanto

de vn Pastor, y tener otros humildes ascendientes. Antes pudo ser particular providencia, que san Diego tuuiesse humilde origen, porque sus virtudes saliessen con mas credito: como Christo Señor nuestro nació de humildes padres, y de ascendientes menos limpios, porque nadie sospechasse, que la humildad del nacimiento podía ocasionar a sus virtudes el menor desdoro”. Antonio Rojo – *Historia de San Diego de Alcalá...*, p. 61.

47 Phelipe Colombo – *Vida del glorioso cardenal San Ramon Nonnat. Taumaturgo segundo en sus continuados milagros. Protector de las mugeres preñadas en el riesgo de sus partos. Y especial abogado en el trance riguroso de la peste*. Madrid: Antonio Gonçalves de Reyes, 1676.

48 “De las informaciones que en Cataluña se hizieron; y de antiquissimos instrumentos consta, ser sus padres Ramas de la Real Familia de Folc, y Cardona, y como tales dueños de el lugar de Portell donde tenian su hazienda, y sus casas en la antigua, y noble villa de Cerbera, Cabeça de aquel Partido de quien Portel dista una legua. Y un testigo en sus informaciones afirma averlo leído assi en papeles antiguos del Archivo de Cardona; y otro, de quien adelante haremos mas mencion, declara averlo leído en un libro de grande antigüedad, escrito en Lengua Lemosina, de el qual nos valdrèmos en algunas ocasiones. Y el V. Señor Obispo de Rose, en su Centuria, lo demuestra [...]”. Phelipe Colombo – *Vida del glorioso cardenal San Ramon Nonnat. Taumaturgo segundo en sus continuados milagros. Protector de las mugeres preñadas en el riesgo de sus partos. Y especial abogado en el trance riguroso de la peste*. Madrid: Antonio Gonçalves de Reyes, 1676, p. 3-4. Un proceso similar de apropiación sufrió Santa María de Cervellón (1230-1290) por parte de la Familia Moncada. Esteban de Convera – *Vida i echos maravillosos de doña Maria de Cervellon llamada Maria Socos, Beata professa de la Orden de Nra. Señora de la Merced, Redencio de Cautivos. Con Algunas Antigüedades de Cataluña*. [s.l.: s.p.], 1629.

por lo reciente de sus existencias terrenales como por lo notorio de sus linajes. Pero los Borja, los Loyola y todos sus allegados supieron igualmente sacar un excelente rendimiento del capital simbólico de la santidad de sus incontrovertibles parientes en el marco del universo narrativo nobiliario al que nos hemos referido en este epígrafe.

El capital simbólico de la santidad jesuita

Como no podía ser de otra manera, encontraremos todos los elementos que hemos observado en el apartado anterior en relación a la santidad y a la nobleza, junto con su vinculación a un linaje y a Casas aristocráticas, en las obras dedicadas tanto a San Ignacio de Loyola como, sobre todo, a San Francisco de Borja. Si bien en este epígrafe no nos ocupamos directamente de la santidad del tercer santo jesuita de la centuria, San Francisco Xavier, cabe señalar que él contará igualmente entre los elementos de la construcción de su identidad hagiográfica con el nobiliario. La *Vida de San Francisco Xavier* del padre Francisco García, dedicada a don Joaquín Ponce de León, duque de Torres Novas, tras establecer el hecho de que la sangre real de Navarra corrió por las venas del santo, le presenta como ejemplo de la excepción —que es casi regla a juzgar por la condición nobiliaria de la mayoría de santos de la Monarquía Católica canonizados en el siglo XVII— que hizo Dios al buscar un apóstol en los palacios, contra su costumbre de llamar a los humildes. El padre García apunta la posibilidad de que hiciera el Todopoderoso tan poco excepcional excepción para desagaviar a los príncipes que supuestamente se veían en esta materia tan desfavorecidos por Él⁴⁹. Así pues, en sus hagiografías aparecerá el San Francisco jesuita como fruto de las ramas del árbol noble de los Xavier. Estas obras, como si de historias genealógicas se tratara, darán sentido a su origen insertándolo narrativamente en la historia oficial de los Xavier establecida por los cronistas del linaje: en sus hagiografías se dará comienzo al relato de su vida con los orígenes, sucesión y antigüedad de su Casa hasta llegar al momento de su nacimiento⁵⁰. La vida de San Francisco Xavier, al igual que la de San Ignacio y la de San Francisco de Borja, es la biografía de un noble. Por lo tanto San Francisco Xavier, al igual que haría Ignacio con el suyo, contribuyó con su heroica santidad a la grandeza de su solar pues “[los

49 “Dispensando Dios esta vez en su ordinario estilo, con que leuanta a los pequeños, para humillar a los grandes; y escoge a los pescadores, para confundir a los poderosos; sacando vn Apostol del Palacio, para llevar el Euangelio a nuevas gentes: quizá por satisfacer a la quexa, que pudieran mouer los Príncipes, viendose desfaouorecidos en la eleccion de Dios”. Francisco García — *Vida y milagros de San Francisco Xavier, de la Compañía de Iesvs, apostol de las Indias*. Madrid: Imprenta Imperial, 1676, p. 3.

50 Es así, por ejemplo, en la obra traducida del latín del padre Horatio Turselino, y a la que hace adiciones Pedro Guzmán — *Vida de S. Francisco Xavier de la Compañía de Iesvs, primero Apostol del Iapon, y segundo de la India, y de otras Prouincias del Oriente*. Pamplona: Carlos de Labayen, 1620. Esta edición de dicha traducción —la primera era unos años anterior— fue dedicada por el padre jesuita Francisco Martínez a don Juan Aznares Xavier, Señor de Xavier, sobrino del santo.

solares] si se fundan con el valor en las armas, y se autorizan con las letras, no menos crecen, y se ilustran con la santidad”⁵¹.

Los relatos hagiográficos de Ignacio de Loyola estarán muy ligados a las narrativas de los relatos de historias de solares del norte de España. Ignacio, el “David de la Casa de Loyola”⁵², encarnará, a la vez que engrandecerá, la nobleza de su solar y de sus ancestros, los Loyola y los Balda, de los que descendía por parte materna⁵³. No es de extrañar, por tanto, que en 1631 Eusebio Nieremberg dedicara su *Vida de San Ignacio* a don Lorenzo de Cárdenas y Balda, conde de la Puebla, “cabeça de la nobilissima casa de Balda, donde tuvo su origen. Grande es esta gloria sobre las otras grandezas, y blasones de V.S. con sangre tan cercana a persona que tuvo su espíritu tan uno con el divino, y gran felicidad tener en la Corte del Cielo pariente tan valido”⁵⁴.

Pero Ignacio de Loyola era noble por partida doble, y no sólo por causa de su linaje. Su hagiografía de 1685, obra de Francisco García, fue dedicada a la “muy noble y muy leal provincia de Guipuzcoa”, “solar de la nobleza”⁵⁵, de la que era natural el santo. Allí, “el nacer es bien nacer, pues basta probar origen de Guipuzcoa para executoriar hidalguia”⁵⁶. Así pues, la nobleza de Ignacio, de naturaleza doble, por su linaje⁵⁷ y por su procedencia guipuzcoana, permitía una doble explotación en términos de capital simbólico, tanto por parte de sus familiares directos como por parte de su tierra original. Tanta nobleza exhibida, tras haber cumplido su función simbólica en estos relatos que de alguna manera podríamos considerar un híbrido entre la hagiografía y la crónica genealógica, engrandece más al santo al haber renunciado a ella para seguir el llamado de Dios⁵⁸.

51 Pedro Guzmán – *Vida de S. Francisco Xavier de la Compañía de Iesvs, primero Apostol del Iapon, y segundo de la India, y de otras Prouincias del Oriente*. Pamplona: Carlos de Labayen, 1620, en la dedicatoria, s/p.

52 Hernando Domínguez Camargo – *S. Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Iesus. Poema Heroyco*. Madrid: Ioseph Fernandez de Buendía, 1666, p. 4v.

53 “Nido de nobles plumas le enmaraña/ Guipuzcoa, que con lazos conyugales/ Una sangre mezclo, y otra Española:/ Noble la balda y Noble Loyola”. Hernando Domínguez Camargo – *S. Ignacio de Loyola...*, p. 4v.

54 Eusebio Nieremberg – *Vida de San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Iesvs. Resumida y añadida de la Bula y Relaciones de su Canonizacion y de otros grandes Autores*. Madrid: Imprenta del Reino, 1631, de la dedicatoria s/p. Ribadeneyra coincidía en señalar la nobleza de su condición y su linaje. “Iñigo de Loyola, fundador y padre de la compañía de Iesus, nació de noble linaje, en aquella parte de España, que se llama la provincia de Guipuzcoa [...] [...] Fue su padre Beltran de Loyola, y cabeça de su illustre y antigua familia. Su madre se llamo doña Maria Sonnez, matrona yugal en sangre y virtud [...]”. Pedro Ribadeneyra – *Vida del padre Ignacio de Loyola, fundador de la religion de la Compañía de Iesus*. Madrid: Viuda de Alonso Gómez, 1584, p. 1-1v.

55 Francisco García – *Vida, virtudes, y milagros de S. Ignacio de Loyola, fundador de la compañía de Iesus*. Madrid: Iuan García Infanzon, 1685, en la dedicatoria s/p.

56 “[Guipuzcoa era] Restauradora de España, Rio caudaloso de nobleza, Vinculo de la nobleza, solar indicativo, y demonstrativo de nobleza, Antiquissimo seminario de la nobleza de España”. Francisco García – *Vida, virtudes, y milagros...*, en la dedicatoria s/p.

57 “La Casa de Loyola à ninguna segunda en la Provincia de Guipuzcoa, y igual á las mas illustres de España, de Parientes Mayores, que llaman en aquella tierra, del numero antiguo y antigüedad inmemorial [...]”. Francisco García – *Vida, virtudes, y milagros...*, p. 19.

58 “O admirable conversion, o resolucion valiente la de Ignacio, que facil rompe las ataduras, pica las amarras, queda libre. Dexa la vida suelta, y recreable de la melicia, los sueldos, las ventajas, las conductas, desprecia su calidad, la Illustrissima Casa de

A mayor caudal de nobleza hubo de renunciar el duque de Gandía para emprender el camino que le llevaría a ser San Francisco de Borja. En su caso más virtuosa era su nobleza, por ser mayor que la de Ignacio y estar aureolada de Grandeza. Así lo señalaban sus hagiógrafos como el cardenal Álvaro Cienfuegos quien, en 1702, en la obra que le consagró, señaló que más difícil e infrecuente, y por lo tanto más meritorio, era que siguiera la senda de la humildad “quien nació en la cima del honor sobre el monte de la fortuna”⁵⁹. Sin duda era cimera la nobleza de Francisco de Borja que fue, antes de entrar en la Compañía, IV duque de Gandía, I marqués de Lombay, Grande de España, virrey de Cataluña y caballero de la Orden de Santiago, entre otras muchas dignidades. Descendía de grandes linajes y sería ancestro de todavía más importantes señores. Como escribió el cardenal Cienfuegos en la dedicatoria de su obra al Almirante de Castilla, pariente del santo, si este último hubiera podido saber que iba a tener tan ilustre sucesor “hubiera peligrado en la vanidad aquel humilde espíritu”⁶⁰. Tanta era su Grandeza y la de su linaje que en él la Providencia había hecho la excepción a la “rigurosa ley de tomar lo más humilde, y lo mas obscuro del linaje humano”⁶¹. Esta condición de Grande será la que le granjee popularidad entre la más alta nobleza y la Grandeza de España en el siglo XVII, la mayoría, por no decir todos, de cuyos miembros tenía sangre de San Francisco de Borja corriendo por sus venas. Significativamente, la obra que sobre la vida del santo jesuita el padre igualmente jesuita Francisco García publicó en 1671, el año de su canonización, cuenta con un “Prólogo a la nobleza española”. El propósito explícito de tal prólogo es ofrecer a la imitación de los nobles la vida de “un varon tan ilustre por su sangre que pudo ennoblecer a la virtud, si huviere mayor nobleza que la virtud misma”⁶². La virtud, continúa el padre García, no es sólo para los plebeyos, antes al contrario, ésta se halla “en su propio trono quando se assienta

Loyola, y el antiguo lugar de lo mejor de Vizcaya [...]”. Gaspar de Villarroel – *Sermón en la canonización del glorioso San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesus*. Lisboa: Antonio Álvarez, 1631, f. 8v. BNP, 6823, núm. 16.

59 “Fuera mas difícil la senda de la humildad, y mas desconocida para quien nació en la cima del honor sobre el monte de la fortuna, es fuerça que sea empresa mas gloriosa, y assi mas digna de alabanza el caminar por ella, mucho mas quando hablamos de un Heroe, en quien esta Virtud fuè su mas rica joya; porque abatirse vn Grande, ò Dios què cerca esta de parecer imposible! quando para humillar su frente vna Montaña, es menester que con algun fiero bayven se estremezca toda la tierra.” Álvaro Cienfuegos – *La heroyca vida, virtudes y milagros del grande S. Francisco de Borja, antes duque quarto de Gandia y después Tercero General de la Compañía de Jesus*. Madrid: Juan García Infanzón, 1702, p. 2.

60 “[...] siendo Vos [don Juan Tomás Enríquez de Cabrera, Almirante de Castilla] tan Ilustre Nieto del divino Duque de Gandia por la esclarecida Doña Luisa de Sandoval, Nieta del Gran Duque de Lerma, tercera nieta del portentoso Borja, que si huviesse prevenido este suceso, mientras ilustraba con su vida el mundo, hubiera peligrado en la vanidad aquel humilde espíritu, que en la cima de la gloria humana mantuvo la cabeza sin desvanecimientos”. Álvaro Cienfuegos – *La heroyca vida, virtudes y milagros...*, de la dedicatoria, s/p.

61 Álvaro Cienfuegos – *La heroyca vida, virtudes y milagros...*, p. 4.

62 Francisco García – *Epítome de la admirable y prodigiosa vida de San Francisco de Borja, Grande de España, quarto duque de Gandia, Marques de Lombay & c. valido del Emperador Carlos Quinto, Cavallerizo mayor de la Emperatriz Doña Isabel. Duodecimo virrey y Capitan General del Principado de Cataluña, Cavallero y Treze del Habito de Santiago, y despues Religioso de la sagrada Compañía de Jesus y su tercero General*. Barcelona: Jacinto Andreu, 1671, p. 1.

en el coraçon de alguna persona ilustre”⁶³. Y Dios creó a San Francisco, tres veces digno –en nobleza, dignidad y título– y santo para que fuera ejemplo de virtud y santidad para la nobleza puesto que los príncipes “hincan de mejor gana la rodilla a la santidad quando la ven resplandecer sobre el altar de la Grandeza”⁶⁴.

Décadas atrás, cuando el santo todavía era sólo beato, el padre Nieremberg ya había señalado la oportunidad, pese a la natural repugnancia de los santos a tratar de su dignidad temporal, de mencionar las glorias genealógicas de los héroes de santidad porque “las Historias de Varones insignes no solo se escriven para gloria suya, sino para exemplo nuestro; tanto será este mayor, quanto la persona que le da se propone mas ilustre”; de ahí que las Sagradas Escrituras, al modo de los nobiliarios, estuvieran llenas de “genealogias y decendencias” y que, al hablar de un héroe señalado se trate primero de su linaje y del “catalogo de todos sus mayores”⁶⁵. Esta forma de ejemplaridad genealógica se adaptaba perfectamente no sólo a la mentalidad de la nobleza sino a sus necesidades simbólicas. Apoyando y exaltando el culto a un santo convertido en ejemplo de príncipes, que sólo situado en el contexto simbólico de su linaje era comprensible, la Grandeza de España, cuyas familias en uno u otro grado estaban emparentadas con ellos, patrocinaban el reconocimiento de sus propias Casas. Es desde esta perspectiva que ha de entenderse también la implicación de los Grandes en las celebraciones por las canonizaciones de los santos jesuitas, en especial del santo noble por antonomasia, San Francisco de Borja⁶⁶. Tanto la beatificación en 1624 como la canonización en 1672 del duque de Gandía fueron celebradas en toda la Monarquía Católica con fiestas que mostraban su triple vinculación simbólica a la Monarquía, a la Compañía de Jesús y a la Grandeza, en especial a sus muchos miembros cuyos linajes estaban emparentados con Francisco de Borja⁶⁷. A finales de 1625, con motivo de las celebraciones por su beatificación, se llevó a cabo la traslación de los restos del duque de Gandía, traídos años atrás a Madrid desde Roma por iniciativa de su por entonces todopoderoso descendiente el I duque de Lerma, a la casa profesa de la Compañía. Para solemnizar aquel acto se organizaron tres procesiones para portar las urnas con los restos del a la sazón beato Francisco de Borja. En cada una de las procesiones un Grande descendiente de Francisco de Borja portó la urna con sus reliquias: en la primera el II duque de

63 Francisco García – *Epitome de la admirable y prodigiosa vida...*

64 “y no les parece tan digno el imitar las virtudes que miran en los pequeños”. Francisco García – *Epitome de la admirable y prodigiosa vida...*

65 Eusebio Nieremberg – *Vida del Santo Padre y Gran Siervo de Dios el B. Francisco de Borja, Tercero General de la Compañía de Jesus, y antes Duque Quarto de Gandia*. Madrid: María de Quiñones, 1644, p. 1.

66 Para el marco político en el que hay que inserir la canonización de San Francisco véase Carmen Sanz Ayán – La canonización de Francisco de Borja...

67 María Bernal Martín – Fiestas auriseculares en honor de San Francisco de Borja. *Revista Borja. Revista de l’IIEB*. 2 (2008-2009) 541-591, p. 541.

Lerma, en la segunda el príncipe de Esquilache y en la tercera el VII marqués de Alcañices. En esas procesiones participaron, además, unos 46 nietos, biznietos y rebisnietos del beato⁶⁸. Francisco de Borja en la época de su beatificación se había convertido en una importante fuente de capital simbólico para varias Casas y linajes de la Grandeza; en elemento común que no necesariamente implicaría falta de rivalidad o competencia entre los miembros de aquellas comunidades imaginadas en parte en base a la común descendencia del beato⁶⁹.

De los tres descendientes de la Grandeza que portaron los restos de Francisco de Borja en las procesiones de traslación de 1625 en Madrid, el que contaría con mayores blasones jesuitas para exhibir aquel capital simbólico sería sin duda don Álvaro Enríquez de Almansa y Borja, VII marqués de Alcañices. Su sucesor, don Juan Enríquez de Borja, hijo de doña Ana María Clara Coya, sería el II marqués de Santiago de Oropesa y señor de la Casa de Loyola, descendiente de los reyes incas del Perú, del por entonces San Ignacio de Loyola y del aún beato Francisco de Borja. El marquesado de Santiago de Oropesa era el resultado de la alianza dinástica entre los Loyola y los Borja que había tenido su origen en la década de 1550, en vida de ambos héroes jesuitas. Tal alianza era muestra de una práctica que con alguna dificultad podía encajar con el tópico de las hagiografías de nobles santos según el cual la Grandeza y la nobleza eran condiciones a las que habían renunciado los santos, renuncia que había redundado en un mayor mérito de su humildad. Sin embargo no todas las hagiografías obviaron la explícita mención de tal alianza. En su *Vida, virtudes y milagros de San Ignacio* (1685), Francisco García no dejaría de mencionar aquella alianza entre los Loyola y los Borja desde una perspectiva exclusivamente dinástica, considerándola un medio por el cual la Casa de los primeros habían recibido “nuevo lustre”⁷⁰. Tanto o más que la memoria de los incas, sería mito fundacional de la Casa de Santiago de Oropesa el capital simbólico que suponían San Ignacio y San Francisco de Borja.

68 María Bernal Martín – Fiestas auriseculares..., p. 545-546.

69 Como, por ejemplo, ponen de relieve las rivalidades suscitadas cuando a comienzos del reinado de Felipe III el duque de Lerma quiso colocar a personas de su entera confianza en el entorno de la reina Margarita. En ese contexto, situó a su hermana, la marquesa de Alcañices, como dama de la reina y a su mujer, doña Catalina de la Cerda, como su camarera mayor en sustitución de doña Juana de Velasco, duquesa viuda de Gandía. Todos ellos (Lerma, la marquesa de Alcañices, Catalina de Velasco y Juana de Velasco) eran igualmente descendientes de Francisco de Borja. Julián J. Lozano Navarro – *La Compañía de Jesús y el poder en la España de los Austrias*. Madrid: Cátedra, 2005, p. 132-133. Antonio Feros – *El duque de Lerma: realce y privanza en la España de Felipe III*. Madrid: Marcial Pons, 2002, p. 186.

70 “[...] Recibio esta Casa nuevo lustre, quando la señora de ella, D. Lorença de Oñaz y Loyola, hija mayor, y heredera de Beltrán de Oñaz y Loyola, y nieta de Martin Garcia de Loyola, hermano mayor de San Ignacio, casò con Don Iuan de Borja, hijo de San Francisco de Borja, Duque de Gandia; y aunque faltò la sucession de Don Juan, no faltò el lazo que estrechava las dos Casas, porque despues de una interrupcion de pocos años en que posseýò la Casa D. Pedro de Zuazola, que venia de D. Magdalena de Oñaz y Loyola, hija segunda de Beltràn, entrò à ser señora de ella la Excelentissima señora Marquesa de Alcañizas, y de Oropesa, descendiente de Don Alvaro de Borja, hijo tambien de San Francisco, por auer casado D. Iuan Henriquez de Borja, hijo de D. Alvaro con Doña Maria Coya de Loyola, hija de D. Beatriz Clara Coya, Infanta Inga, y de Martin Garcia de Loyola, hermano de San Ignacio”. Francisco García – *Vida, virtudes y milagros de S. Ignacio...*, p. 20.

La unión dinástica Loyola-Borja-Coya: el marquesado de Santiago de Oropesa y el vínculo simbólico con los santos jesuitas

El 1 de marzo de 1614 Felipe III expidió una Real Cédula en virtud de la cual creaba el marquesado de Santiago de Oropesa⁷¹ en favor de doña Ana María Clara Coya, esposa, desde 1611, de don Juan de Borja. Aquel marquesado incluía la jurisdicción exclusiva sobre las poblaciones de Santiago de Oropesa, San Benito de Alcántara, San Bernardo y San Francisco, en el peruano valle del Yucay, donde los marqueses podrían ejercer su autoridad con facultad de mero y mixto imperio. Como señalara ya Solórzano y Pereira, semejante concesión, en el contexto americano, era una anomalía extraordinaria⁷². De hecho, mucho se ha escrito sobre la activa oposición de la Monarquía a reproducir el sistema de señoríos nobiliarios y mayorazgos en territorio americano⁷³. Pero lo que importa ahora es subrayar que la creación de aquel marquesado en beneficio de doña Ana María Clara Coya y de su marido, ella descendiente de los emperadores incas, él del futuro San Francisco de Borja, y ambos del futuro San Ignacio, era la culminación de dos procesos cuyos antecedentes se remontaban a casi sesenta años atrás, a la década de 1550: por una parte, la alianza matrimonial de los Loyola y los Borja; por la otra, la conversión de Sayre Túpac, uno de los incas rebeldes de Vilcabamba y su sumisión a la soberanía del rey Católico.

La unión dinástica entre los Loyola y los Borja tuvo origen en los primeros años de existencia de la Compañía de Jesús. Tras la fundación de la Compañía, en 1540, uno de los hechos políticamente más trascendentales acontecidos en relación a sus dos futuros primeros santos, Ignacio de Loyola y Francisco de Borja, sería la unión matrimonial de sus linajes, de sus Casas, sellada a mediados de la década de 1550⁷⁴. Cuando en 1555 se casaron don Juan de Borja, hijo de Francisco, con Magdalena de Loyola, sobrina de Ignacio y heredera del mayorazgo de Loyola, quienes se unían, desde un punto de vista estrictamente nobiliario, eran una familia de la mediana nobleza del señorío de Guipuzcoa, los Loyola, con una de la Grandeza de España, los Borja, cuya cabeza era el duque de Gandía, padre del novio. Sin embargo aquella unión, obviamente, excedía los límites de un enlace ventajoso para

71 El único estudio monográfico sobre el marquesado, al que seguimos en bastantes pormenores en este epígrafe, es Guillermo Lohmann Villena – El señorío de los marqueses de Santiago de Oropesa en el Perú. *Anuario de Historia del Derecho Español*. IX (1948-1949) 347-458.

72 En el primer capítulo de libro tercero de la *Política Indiana* explica que las leyes prohíben conceder indios en propiedad ni vasallaje a ningún particular, “aunque esto se aya dispensado por justas causas con los Duques de Veraguas, Marqueses del Valle Oropesa, y otros, dandoles pueblos de Indios, y Indios en vassallage”. Juan Solórzano y Pereira – *Política Indiana*. Amberes: Henrico y Cornelio Verdussen, [1648] 1703, p. 132.

73 Para esta opinión y su matización véase el imprescindible Bartolomé Clavero – *Mayorazgo. Propiedad feudal en Castilla, 1369-1836*. Madrid: Siglo XXI, [1974] 1989, p. 181-205.

74 Para los pormenores de esta alianza matrimonial véase Enrique García Hernán – *Ignacio de Loyola*. Madrid: Taurus, 2013, p. 428-430.

una familia de la mediana nobleza guipuzcoana con la Grandeza de España. Los novios se habían capitulado en 1552, cuando tras árdidas negociaciones, Francisco de Borja estaba a punto de hacer pública su profesión de fe en la Compañía. Con aquella unión se sellaba la alianza de Ignacio de Loyola y de Francisco de Borja en términos dinásticos y político-religiosos. Desde 1540 Francisco de Borja había sido un personaje fundamental para la Compañía precisamente por quien era, duque de Gandía, Grande de España, y por su linaje, y, por tanto, por su riqueza y por sus contactos familiares –con la Grandeza– y políticos, en las más altas esferas. No en vano, como es universalmente sabido, había ocupado cargos en la Casa de la Emperatriz. El enlace de 1555 fue sólo el primero de una serie que a lo largo de las décadas siguientes iría afianzando todavía más los lazos dinásticos entre los Loyola y los Borja. Pero esas alianzas iban a involucrar también a los descendientes de los emperadores incas. Para ver cómo estos hechos tuvieron lugar tenemos que fijarnos ahora en lo que sucedía en el lejano reino del Perú durante los años que siguieron a la alianza Borja-Loyola.

En 1556, un año después del primer matrimonio entre las que podríamos llamar primeras familias jesuitas, llegó a Lima, para tomar posesión de su gobierno como virrey del Perú, don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete. Acabada dos años antes la guerra civil entre varias facciones de conquistadores (1542-1554), quedaba todavía vivo un foco de rebelión que desafiaba al poder del rey Católico: Vilcabamba. En 1536 Manco Inca, el hijo de Atahualpa, a quienes los españoles dieran muerte en 1533, se rebeló contra los españoles, estableciendo un núcleo inca de resistencia en Vilcabamba, donde se sucederían en el poder él y tres de sus hijos, Sayre Tupac, Tito Cusi Yupanqui y Tupac Amaru. Tras el asesinato de Manco Inca, también llamado Manco Cápac II, en 1544, las autoridades españolas habían intentado atraerse con promesas e intentos de negociación a su hijo y sucesor en Vilcabamba, el jovencísimo príncipe Sayre Tupac. Estas negociaciones estaban muy avanzadas en 1556 cuando el marqués de Cañete llegó al Perú y culminaron a comienzos de 1558, cuando Sayre Tupac abandonó Vilcabamba para someterse a la autoridad del virrey. A lo largo de aquel año él y su hermana y esposa, junto con un nutrido cortejo, se trasladaron a Lima para reunirse con el virrey marqués de Cañete y acatar la autoridad del rey Católico. Aquel viaje triunfal desde Vilcabamba hasta Lima no era, sin embargo, tan sólo el resultado de los agüeros positivos sino de una dura negociación entre el virrey y Sayre Tupac que desembocó en el siguiente acuerdo: a cambio de abandonar su reino rebelde, el inca sería perdonado por su desobediencia, sería nombrado Adelantado del Valle del Yucay y se le concederían a perpetuidad varios repartimientos enclavados en el mismo valle (que serían el

núcleo del futuro marquesado de Santiago de Oropesa), varias rentas y las tierras y heredades que su padre, Manco Inca, había gozado junto a la fortaleza de Cuzco⁷⁵.

Tras estas concesiones por parte de la Corona, Sayre Tupac tuvo que convertirse en un noble de sangre real, católico. A finales de aquel año de 1558 tanto Sayre Tupac como su mujer, instalados en el Cuzco, se convirtieron al cristianismo. El inca, al ser bautizado por el obispo de Cuzco, recibió el nombre de Diego, en honor al Apóstol Santiago. Su esposa, la coya Cusi Huaracay, el de María. Tras la preceptiva dispensa pontificia, ambos esposos pudieron confirmar canónicamente su unión. Así pues, cuando nació su hija al final de toda aquella acelerada metamorfosis religioso-cultural, lo hizo como hija legítima de un matrimonio católico. La niña recibió el nombre de Beatriz, en honor a su tía abuela, la que las fuentes españolas llaman infanta Beatriz, hermana del asesinado Manco Inca, que tanto había participado en las negociaciones y presiones para que su sobrino dejara Vilcabamba.

Tras la prematura muerte de su padre, en 1561, esta niña se convirtió en una codiciada y peligrosa novia en el Perú tumultuoso de aquella época, en el que, además, aún estaba lejos de acabar la rebelión de Vilcabamba, ahora liderada por un hermano de Saire Tupac, Tito Cusi Yupanqu. La condición de princesa inca de doña Beatriz Clara Coya, pese a su corta edad, iba a hacer de ella una novia muy apetecida por varias facciones en el Perú de la década de 1560⁷⁶. Su futuro, sin embargo, iba a quedar sellado en 1572.

Aquel año tuvo lugar la sangrienta y definitiva derrota de los incas de Vilcabamba que culminó con la ejecución de su último emperador, Tupac Amaru. Los héroes de aquella victoria fueron el virrey don Francisco de Toledo y su pariente, que había llegado con él al Perú el año 1569, el capitán Martín García de Loyola, sobrino nieto del fundador de la Compañía de Jesús. Tras la victoria el virrey Francisco de Toledo consiguió la autorización de Felipe II (1556-1598) para que el capitán García de Loyola contrajera matrimonio con la princesa Beatriz Clara Coya. Pese a los deseos de la Corona de que la pareja se trasladara a España, esto nunca ocurrió. Tras su matrimonio, don Martín desempeñó un notable *cursus honorum* en

75 Guillermo Lohmann Villena – El señorío de los marqueses de Santiago de Oropesa....

76 Por una parte la viuda de Diego Sayre recibió la protección de Aria Maldonado, hijo del conquistador Diego Maldonado el Rico, y se fue a vivir con él al Cuzco, llevándose consigo a su hija, que tras la muerte de su padre, había sido confiada a las terciarias franciscanas del convento de Santa Clara del Cuzco. Pero otros planes tenían los tumultuosos hermanos Maldonado porque en 1566, y aparentemente contra la voluntad de la pequeña Beatriz, Cristóbal Maldonado, hermano de Aria, llegó a contraer matrimonio con ella, con el potencial destabilizador que ello podía traer al Perú. Y por supuesto, sin contar con la autorización de la Corona, que no reconoció aquel casamiento y lo abortó el año siguiente, en 1567, cuando se descubrió una conspiración de Cristóbal Maldonado que le valió el destierro a España. Por su parte la Corona, en sempiternas negociaciones con los incas de Vilcabamba, ofreció la mano de Beatriz a su primo Felipe Quispe Yupanguí, que a la sazón contaba con 10 años de edad, hijo de Tito Cusi Yupanqui. Aquella maniobra fracasó. Guillermo Lohmann Villena – El señorío de los marqueses de Santiago de Oropesa..., p. 356-357; Roberto Levillier – *Gobernantes del Perú. Cartas y papeles. Siglo XVI*. Tomo IV. Madrid: Imprenta de Juan Pueyo, 1924, p. 483.

las Indias: fue gobernador del Potosí (1579-1582), nombrado Gobernador y Capitán General del Río de la Plata a finales de 1581 y, una década más tarde, en 1591, Gobernador y Capitán General de Chile, cargo del que tomaría solemnemente posesión en diciembre de 1592.⁷⁷ El año siguiente nacería en Concepción el único fruto de aquel matrimonio, doña Ana María Lorenza Loyola Coya.

Tras la muerte del capitán Martín García de Loyola, en 1598 luchando contra los araucanos, el por entonces virrey, don Luis de Velasco, hizo conducir tanto a su viuda como a su hija a Lima, donde pudieron vivir con cierta comodidad gracias a sus rentas. Sin embargo por entonces volvió a suscitarse la necesidad de trasladar a España a los dos descendientes legítimos de Huayna Capac –con todos los problemas de legitimidad y de instrumentalización por parte de revoltosos que ello implicaba: la princesa doña Ana María de Loyola y su primo don Melchor Carlos Inca. En relación a doña Ana María las cosas se aceleraron tras la muerte de su madre doña Beatriz en marzo de 1600. En virtud de una Real Cédula emitida por Felipe III en junio de 1601 se decretó el traslado de doña Ana María a España, donde quedaría bajo la tutoría y guarda de don Juan de Borja y Castro, I conde de Mayalde.

Este don Juan de Borja no era otro sino el hijo del futuro San Francisco de Borja que había contraído matrimonio en 1555 con doña Magdalena de Loyola, prima del capitán Martín García de Loyola, padre de doña Ana María. Pronto se cerraría el círculo de la alianza entre las dos familias con un nuevo enlace Borja-Loyola, ahora ya con el capital simbólico añadido de la sangre imperial inca. En 1606 murió don Juan de Borja, y doña Ana María recibió de la viuda de su tutor casa propia. En 1610 murió su primo don Melchor Carlos, por lo que al acercarse a los 18 años urgía casar a la que era ahora única descendiente considerada legítima por parte del rey Católico de los antiguos señores del Perú. El elegido fue don Juan Enríquez de Borja, nieto del futuro San Francisco de Borja, e hijo de la IV marquesa de Alcañices. Con aquella unión se reforzaba la alianza matrimonial de los Borja y los Loyola, dando además entrada a un nuevo poderoso linaje en aquella Casa que se estaba formando: los Enríquez, cuya cabeza visible era el Almirante de Castilla.

La pareja se capituló en junio de 1611 y consumó el matrimonio aquel verano. Doña Ana María de Loyola Coya aportaba sustanciosos bienes dotales. Además de los repartimientos de indios del valle del Yucay, Jaquijahuana, Gualaquipa y Pucara, heredados de su madre, como única hija del capitán García de Loyola contribuía también con las casas principales de los Loyola en Azpeitia, junto con lagares, cubas, manzanares y diferentes tipos de ganado. A ello se unían considerables sumas de dinero en metálico⁷⁸. Pero además aportaba los litigios que mantenía con la Corona

77 Guillermo Lohmann Villena – El señorío de los marqueses de Santiago de Oropesa..., p. 361-362.

78 Guillermo Lohmann Villena – El señorío de los marqueses de Santiago de Oropesa..., p. 377.

por una serie de vasallos y rentas que se habían concedido a su padre en el Valle del Yucay cuando abandonó Vilcabamba y que el virrey Toledo había confiscado a su madre posteriormente; junto con la pretensión de vincular en mayorazgo al modo castellano, con todas las de la ley, los bienes concedidos a Sayre Tupac, para asegurar la perpetuación de su linaje, Casa y armas. Tanto el contrayente como todos los Borja en general hicieron suyas aquellas pretensiones, que lograron que fructificaran en un favorable acuerdo, tras arduas negociaciones, y sobre todo gracias a su cercanía familiar al poderoso duque de Lerma, en 1614⁷⁹. Tras algunas renunciaciones en sus pretensiones por parte de doña Ana María y los Borja, el 1 de marzo de 1614, en virtud de una Real Cédula, Felipe III creó el marquesado de Santiago de Oropesa, vinculando en mayorazgos todos las villas sobre las que sus titulares iban a ejercer su señorío absoluto.

En la época de sus capitulaciones matrimoniales (1611) con don Juan Enríquez de Borja, doña Ana María firmaba como Ana María de Loyola Coya⁸⁰. En esos años fundamentales en torno a la creación del marquesado de Santiago de Oropesa y la obtención de la Grandeza de España doña Ana María hubo de combinar y jugar con el capital simbólico de su doble herencia inca y Loyola. Y, en determinados momentos, dar muestras sólo de uno de sus capitales simbólicos, adoptando según las circunstancias su cuerpo político de Loyola y en otras de Coya. A comienzos del siglo XVII era muy frecuente que en una misma cabeza de la nobleza hubieran recaído varios títulos nobiliarios que no resultaban fusionados ni perdían su identidad sino que conservaban su identidad propia. De esta manera, y partiendo de la noción kantorowicziana de los cuerpos del rey⁸¹ adaptándola a la realidad jurídica de los nobles, resultaba que doña Ana María tendría un cuerpo natural y varios cuerpos políticos⁸². Así, desde 1614 se convertiría en la primera marquesa de Santiago de Oropesa; tras ganar el pleito iniciado en 1626 al que nos referiremos a continuación, se consideraría también la señora de Loyola (aunque el pleito por el señorío guipuzcoano no se fallaría hasta 4 años después de su muerte, en 1634, cuando su hijo se convirtió en señor de Loyola de pleno derecho). Así pues, siendo señora de ambos cuerpos políticos –marquesa de Santiago de Oropesa y señora de

79 Para una interpretación de las negociaciones entre los Borja y la Corona, que culminaron con la creación del marquesado de Santiago de Oropesa, vinculado a un mayorazgo al modo castellano véase Bartolomé Clavero, *El mayorazgo*, p. 196-199. Para una comparación con el menor éxito conseguido por los Moctezuma, que emparentaron con familias menos poderosas que los Borja y los Enríquez, véase Juan Hernández Franco – El mayorazgo Moctezuma: reflexiones sobre un proceso de movilidad vertical con alternancias (1509-1897). *Estudis*. 32 (2006) 215-235.

80 Guillermo Lohmann Villena – El señorío de los marqueses de Santiago de Oropesa..., p. 374.

81 Ernst H. Kantorowicz – *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología medieval*. Madrid: Alianza, [1957] 1985.

82 He tratado del asunto de los múltiples cuerpos políticos de la nobleza en Antonio Terrasa Lozano – *La Casa de Silva...*, en especial en el capítulo III titulado “Los múltiples cuerpos del noble: teoría y práctica”, p. 97-126.

Loyola— en ocasiones utilizaría el capital simbólico de ambos y en ocasiones sólo el de uno de ellos.

Los marqueses de Santiago de Oropesa estuvieron viviendo en el Perú entre 1614, tras la creación del marquesado, hasta 1626 para poner en marcha y controlar lo más cerca posible la administración de sus estados. Allí, en Lima, nacería su primogénito que sería bautizado en 1615, recibiendo nombres de más que evidentes reminiscencias jesuitas: Juan Francisco Gaspar Ignacio⁸³. Fijaron su residencia más tarde, en 1617, en la capital de sus estados, en Santiago de Oropesa. En su casa doña Ana habría hecho exhibición de sus armas, de todas ellas: además de las de los Enríquez, el buque de los Borja y un rey coronado y un sol sobre un castillo por sus ancestros soberanos incas⁸⁴.

Por esa época estalló el contencioso por el señorío de Loyola. En 1625, poco antes de morir, doña Magdalena de Loyola, condesa de Fuesaldaña, nieta de Francisco de Borja y pariente de Ignacio de Loyola, eligió como su heredera en el señorío a doña Ana María, marquesa de Santiago de Oropesa. Aquel mayorazgo había sido creado en 1539 por la viuda de don Martín García de Oñaz, muerto el año anterior, quien en 1518 había obtenido licencia real para fundar un mayorazgo sobre sus bienes de Oñaz y Loyola⁸⁵. En las cláusulas de llamamiento instituidas por don Martín para ser en el futuro, como de hecho fueron, incluidas en el mayorazgo, se especificaba que a falta de descendientes legítimos directos y naturales, así como hermanos, tíos y sobrinos del último poseedor, éste podría elegir libremente a su sucesor entre el pariente colateral que quisiera siempre que no tuvieran mancha ni él ni sus ancestros de villano, judío o moro⁸⁶. En esta situación se hallaba la señora de Loyola en 1625, la condesa de Fuensaldaña, cuando decidió elegir como heredera a su prima segunda, doña Ana María de Loyola, marquesa de Santiago de Oropesa, en detrimento de su sobrino segundo, don Pedro de Zuazola⁸⁷.

En enero de 1626, muerta ya la condesa, se entabló pleito entre ambas partes. De él lo que nos interesa señalar es uno de los puntos que se discutieron para ser elegible como señor de Loyola según lo establecido en los llamamientos del fundador: la mayor calidad nobiliaria de ambos candidatos. Así, resultó que se podía aducir que mientras tenía algunos “defectos de nobleza” doña Ana de Yzaguirre, madre de

83 Guillermo Lohmann Villena — El señorío de los marqueses de Santiago de Oropesa..., p. 381.

84 Guillermo Lohmann Villena — El señorío de los marqueses de Santiago de Oropesa..., p. 383.

85 La facultad concedida por Carlos I y la reina Juana le permitía vincular “las mis casas de Oñaz, y Loyola, [...] e rentas, e jueros, de otras casas, y caserías, molinos, e herrerías, sotos, e robledales, castañedas, montes, y mançanales, e otros bienes, heredamientos, prados, pastos que yo tengo [...]”. AHN- Nob, Baena, C. 11, D. 4, f. 5v.

86 Estas cláusulas de llamamiento en AHN- Nob, Baena, C. 11, D. 4, fols. 5-9.

87 Quien dos días antes de esta decisión había interpuesto un pleito por la posesión del señorío contra la propia condesa de Fuensaldaña. Seguimos en todo esto las alegaciones del pleito que se halla bajo la signatura señalada, AHN- Nob, Baena, C. 11, D. 4.

don Pedro, en el caso de doña Ana María podría defenderse sin dificultades que en ella “concurren las calidades de nobleza, y limpieza, y parentesco” exigibles⁸⁸. Como prueba de la gran calidad nobiliaria de doña Ana María se presentó un decreto del rey mediante el que el soberano le había restituido años atrás ciertos derechos concedidos a su abuelo y que había estado reclamando, donde constaba como “hija legítima y universal heredera de D. Beatriz Coya, muger que fue de Martin Garcia de Loyola, cavallero del habito de Calatrava, y nieta de don Diogo Sayretopac Inga, y visnieta de Mango Inga, que fueron señores de las Provincias del Peru”⁸⁹. Las averiguaciones que se hicieron para determinar su nobleza confirmaron estos pormenores. Así, por ejemplo, Martín Aguirre, escribano real y del número de la Villa de Azpeitia declaró que si bien era público y notorio que la línea materna de doña Ana María era “Indiana”, “siempre oyò dezir era limpia, Christiana vieja, sin raça, ni macula de Moro, Iudio, ni penitenciado por el Santo Oficio de la Inquisicion”⁹⁰. Todas las declaraciones de testigos fueron de este tenor, subrayando, tanto la carencia de ascendencia judía y mora, como no podía ser de otra manera, como la nobleza y sangre real de los antepasados incas de la marquesa de Santiago de Oropesa, que acabó siendo tenida por más noble que la de don Pedro, como demostraría la victoria en aquel pleito en 1634. Semejantes argumentos serían también los manejados para conseguir un hábito de Santiago en 1628 para el hijo de doña Ana María, el futuro II marqués de Santiago de Oropesa y señor de Loyola⁹¹. Así pues, después de 1634 se había consagrado la fusión dinástica entre los incas del Perú y la Casa de Loyola, a la que se añadía la sangre de los Borja.

Con el traslado definitivo a España de los marqueses de Santiago de Oropesa en la segunda mitad de la década de 1620, serían más frecuentes las exhibiciones de capital simbólico dinástico Loyola y Borja que inca. Si bien doña Ana María, al morir, en 1630 sería enterrada en la iglesia de San Juan de Madrid, sus inmediatos sucesores recibirían sepultura de gran simbolismo jesuita. Cuando en diciembre de 1634 falleció su viudo, fue enterrado en Madrid en la bóveda de la capilla profesa de los jesuitas, donde también reposaba el cuerpo de su antepasado San Francisco de Borja⁹². Al morir el II marqués de Santiago en 1675 fue enterrado en la Capilla de San Francisco de Borja de la misma casa profesa de la Compañía⁹³. Para el último

88 AHN- Nob, Baena, C. 11, D. 4, fols. 11v-12.

89 AHN- Nob, Baena, C. 11, D. 4, fols. 46-47.

90 AHN- Nob, Baena, C. 11, D. 4, fol. 52v.

91 AHN, Órdenes, Santiago, exp. 2631.

92 Aunque esta sepultura se preveía provisional pues era su deseo que, tanto su cuerpo como el de su mujer la marquesa de Santiago de Oropesa y de su hija Beatriz, fueran trasladados a Alcañices. Guillermo Lohmann Villena – El señorío de los marqueses de Santiago de Oropesa..., p. 391-392.

93 No sólo en eso siguió la tradición de sus padres. Su hijo primogénito, fallecido en la infancia, había sido bautizado como Francisco Ignacio. Guillermo Lohmann Villena – El señorío de los marqueses de Santiago de Oropesa..., p. 393-394.

cuarto del siglo XVII los descendientes de los incas conservaban de ellos el decadente, en términos de rendimiento económico, marquesado de Santiago de Oropesa mientras, a todos los efectos, el gran caudal de su capital simbólico lo constituía la herencia Loyola y Borja, que había sido la clave de su éxito al haberlos puesto en el circuito de conexiones políticas y sociales de la Grandeza de España.

Epílogo recapitulatorio

Fue en tiempos de doña Teresa Domínguez Enríquez de Velasco, III marquesa de Santiago de Oropesa, VIII marquesa de Alcañices y XVIII señora de Loyola cuando se produjo un hecho de gran calado simbólico para esta última Casa. El 7 de septiembre de 1681 los marqueses de Santiago de Oropesa, cediendo a los deseos de la reina madre Mariana de Austria, le vendieron y traspasaron la casa solar de Loyola en la que había nacido San Ignacio, para lo que recibieron la preceptiva autorización real para desvincularla del mayorazgo⁹⁴. Tras la cesión, en 1682 la reina Mariana donó la casa de Loyola a la Compañía de Jesús⁹⁵, no sin antes asegurarse su presencia simbólica en aquel espacio que iba a ser ahora de culto. Así, la reina ordenaba que en las capillas e iglesia que se construyeran en la casa de San Ignacio, de la que ella sería patrona, y después de sus días su hijo el rey Carlos II y sus sucesores, se pusieran los escudos de sus antecesores los emperadores y los reyes de España “incorporadas vnas en otras, como lo están en el Colegio Imperial de esta Corte”⁹⁶. Además la reina prohibía que en las capillas que se construyeran se pudiera enterrar a ninguna persona “secular” sin su consentimiento o el de los “Reyes de Castilla”, con una sola excepción: los marqueses de Alcañices (título que los mismos anteponían ya en esas fechas al de Santiago de Oropesa de ecos incas). Para ellos se construiría una capilla colateral, con su sepulcro y armas, así como un “cuarto de casa”, donde podrían aposentarse los marqueses siempre que desearan visitar la casa que había sido suya y que habían cedido a la reina, como constaría en una placa de mármol que con tal información se colocaría bajo el escudo de armas⁹⁷.

A finales del siglo XVII la Compañía de Jesús, muy cara a la Casa de Austria, vivía su momento de esplendor y todo lo relacionado con su fundador era fuente

94 Seguimos la copia de esta donación que se conserva en la Biblioteca Nacional de España bajo la signatura BNE, 2/64361 (10).

95 Véase para esta cesión y algunas referencias bibliográficas Julián J. Lozano Navarro – *La Compañía de Jesús...*, p. 346-347.

96 BNE, 2/64361 (10), s/f.

97 “[...]; y permito que debaxo del escudo de Armas yâ dichas, que se han de poner en la fachada de la dicha Iglesia, y Casa, se ponga tambien inscripçion en marmol que contenga, y diga, que libre, y espontaneamente me cedieron la dicha Casa, y Patronato futuro, los dichos Marqueses, sin mas vtil, que el de la subrogacion, de quarto de casa, Capilla, y bienes que se subrogaron en su lugar, y que en las paredes maestras de la Iglesia y Claustros, se pongan dos marmoles con inscripçiones que contengan lo mismo en conformidad de la dicha escritura, y contrato celebrado con la dicha Religion, por los dichos Marqueses de Alcañices”. BNE, 2/64361 (10), s/f.

de abundante caudal de capital simbólico. Si con aquella cesión y donación la reina conseguía prestar un gran servicio a la Compañía de Jesús, que le permitiría vincular su memoria y la de la Casa de Austria a la de San Ignacio en el templo que se erigiría en su casa natal, para la señora de Loyola aquél era un sacrificio sólo comprensible desde el servicio a la reina y el bien mayor de su linaje. Aquella cesión implicaba, aparentemente, una pérdida para su Casa en dos sentidos. En primer lugar suponía la renuncia a la posesión plena de la casa solariega de los Loyola, elemento fundamental, base sobre la que se erigían las historias de los linajes. En segundo, significaba una clara desobediencia y un manifiesto desacato a los deseos del fundador del mayorazgo de Loyola, don Martín García de Oñaz⁹⁸. Estas mismas razones hacían impensable una cesión plena de aquella casa a la reina Mariana para que ésta pudiera a su vez concederla a la Compañía. Y precisamente del mantenimiento del vínculo simbólico con la casa, sin posesión, residía la ventaja para los Loyola. La concesión que se les hacía de placa conmemorativa y aposento podría mostrarse no como una pérdida de relación simbólica con San Ignacio sino como la adición a ésta de la vinculación de la Casa de Loyola a la de Austria. De la misma manera que los linajes iban acumulando títulos y Casa nobiliarias, sus imaginarios simbólicos se expandían por adición de vínculos y parentescos de nobleza, grandeza y esplendor. La santidad, con su carga de virtud y heroicidad, resultaba ser fácilmente asimilable al universo virtuoso de la nobleza y, por tanto, devino un elemento más del arsenal legitimador de los linajes aristocráticos modernos.

98 Así refería el fundador del mayorazgo de Loyola su voluntad de que los bienes que vinculaba, incluida su casa solariega, permanecieran inalienables para siempre: “[...] es mi voluntad que agora, y de aqui adelante para siempre jamas, sean vn mayorazgo, e vn cuerpo, e bienes, e hazienda indiuisibles, y que no se pueda partir, ni apartar, lo vno de lo otro, que pueda ser, ni sea vendido, ni donado, ni obligado, ni hipotecado, ni cambiado, ni trocado, ni enagenado, ni sojuzgado, ni sometido en ninguna ni por alguna manera, parte ni cosa alguna dello, por mi, ni por el dicho Beltran de Oñaz, mi hijo, ni por sus descendientes que adelante vinieren”. AHN- Nob, Baena, C. 11, D. 4, fol. 6. El hecho de que esta fórmula fuera más o menos preceptiva en las fundaciones de mayorazgo no le quitaba ni un ápice de su poder vinculante al ser la voz del antepasado instituidor y referirse al solar que simbolizaba el origen del linaje.